

la dominación cristiana, los infelices descendientes de Israel eran perseguidos como fieras. ¿Cuál fué el primer fruto de la victoria de los reyes cristianos sobre los Moros? La expulsión de los judíos, á los cuales se cazó, como á los lobos en Inglaterra, hasta extinguirlos. En cuanto á los Moros, la capitulación de Granada les concedía la perfecta libertad de su culto. ¿Hay que recordar cómo cumplieron su promesa los Reyes Católicos? ¿Hay que recordar las conversiones forzadas, la expulsión de los vencidos, la violación de la fe jurada, los edictos crueles de Felipe II privando á los Moriscos de su idioma y de sus nombres, la insurrección de los desgraciados conducidos á la desesperación, la horrible campaña del vencedor de Lepanto y la definitiva expulsión de los restos de la raza vencida, expulsión que fué una verdadera sentencia de muerte? (1). Tal fué en España la intolerancia árabe y la intolerancia cristiana.

§ IV.—Relaciones internacionales.

El aislamiento es el carácter definitivo de la Edad Media europea. Roma había ligado las naciones por la conquista, y los Bárbaros trataron en vano de continuar el imperio, porque su espíritu estrecho sólo en estrechas sociedades se encontraba á sus anchas: una vez que se fijaron en un terreno, se inmovilizaron con sus tierras. Pero los Arabes aspiran á la dominación del mundo; su monarquía, más universal que la del pueblo rey, abraza tres continentes: una gran parte del Asia obedece á sus leyes, tienen un pie en Europa, y todo lo que se conocía del Africa en la Edad Media es musulmán. Gracias á tan inmensas conquistas, los Arabes reanudan el lazo entre el Oriente y el Occidente, en peligro de romperse por la invasión de los Bárbaros, y satan por el aislamiento del feudalismo, poniendo á la Europa en relación con el mundo oriental. La hostilidad de las religiones era un obstáculo para esas alianzas; pero las necesidades de los hombres vencen la antipatía, hija de las creencias: el comercio, por su parte, une á aquellos á quienes divide la fe, siendo ese

(1) El monje FRAY JAIME BLEDA, que se constituyó en historiador de los Moriscos después de haber sido su perseguidor, confiesa que no sobrevivió una cuarta parte de la población morisca á su expulsión de España (VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, t. II, p. 40).

uno de sus principales beneficios. Una vez establecidas las comunicaciones, no se limitan al cambio de mercancías sino que se transmiten y se mezclan los sentimientos y las ideas. Los Arabes comunican á la Europa los tesoros de la filosofía y de la ciencia griegas al mismo tiempo que los productos del Asia. De esta manera avanza la humanidad hacia el término de su destino, que es la civilización, la unidad y la armonía.

El islam no es favorable al comercio; más que comerciante es guerrero. Se aproxima, por otra parte, al cristianismo prohibiendo el préstamo á interés y cerrándose á todas las relaciones con los infieles. Con todo, el mahometismo es menos hostil al comercio que la doctrina cristiana, por lo mismo que es menos espiritualista. El Corán dice: "No es un crimen pedir á Dios el acrecentamiento de vuestros bienes, ejerciendo el comercio durante la peregrinación," (1). La prohibición de entrar en contacto con los infieles hubiera puesto una barrera insuperable entre el Oriente musulmán y la Europa cristiana si las prohibiciones religiosas que ponen trabas á las comunicaciones tuvieran el poder de impedir las; pero en todas partes hay arreglos con el cielo. *Chardin* cuenta que los grandes pontífices de Persia le calificaban siempre, al escribir su nombre, de *obediente y sumiso al islam*; y al preguntarle la razón de ello, le respondieron: "Es para poder comerciar lícitamente contigo, porque á los mahometanos nos está prohibido mantener relaciones con quienes no lo sean, á menos de que se sometan al islam," (2).

El genio de la raza y el cosmopolitismo, hijo de la conquista, favorecieron el desarrollo del espíritu comercial é hicieron del imperio de los califas el centro principal del comercio en la Edad Media. *Plinio* ha observado ya que los Arabes unían al amor de las armas la profesión del comerciante (3). La Arabia meridional hacia un comercio considerable en la antigüedad. Colocada en el camino que corrían los navegantes del Egipto á la Persia y á la India, estaba destinada por la naturaleza misma á entregarse al comercio (4). La nación conservó esa tendencia á través del tiempo. Mahoma fué comerciante antes de ser profeta, y sus viajes le die-

(1) *Corán*, II, 194.

(2) *CHARDIN, Viajes*, t. XVII, p. 175.

(3) *PLIN., Hist. natural*, VI, 32.

(4) *RITTER, Geografía*, t. XII, p. 19.

ron á conocer las religiones extranjeras, porque el comercio se mezclaba á la religión de todos los pueblos del Oriente. Antes de Mahoma, la peregrinación á la Caba se relacionaba con transacciones comerciales; y aquellos viajes, mitad religiosos y mitad mercantiles, adquirieron importancia inmensa cuando el islam se esparció por el mundo entero. El profeta impone á sus sectarios la obligación de visitar la Caba una vez por lo menos en su vida; y ese deber, cumplido por todos los musulmanes, ha dado lugar á esas numerosas caravanas que en la época de la peregrinación salían de la India, de la Persia, del Africa, del Egipto y de la Siria. Los peregrinos eran también mercaderes; sólo la caravana de la Siria contaba quince mil camellos.

El islam favorece, además, el comercio al contar entre las obras piadosas todo lo que los fieles hagan en favor de los viajeros, y al recomendar tan eficazmente la hospitalidad; por eso el gobierno y los creyentes rivalizan en celo para fundar esas magníficas *hospederías* donde toda persona recibe gratuitamente un asilo. Cuando, al recorrer un mar de arena, sin árboles, sin cultura, sin lugares de descanso, el viajero cristiano, jadeando de calor y de sed y extenuado por la fatiga, encuentra uno de esos establecimientos fundados por la piedad musulmana, ¿se podrá decir aún que Mahoma es el profeta de una religión inmunda? Las hospederías son, con las mezquitas, los edificios más suntuosos que se encuentran en Oriente; abiertos siempre para todo el mundo, se entra y se sale cuando se quiere sin pagar nada. El viajero lleva consigo lo que necesita para hacer su cama y para preparar su alimento, y encuentra en las hospederías, al precio de tarifa, los alimentos, que en algunas se reparten gratuitamente. Nada más obsequioso ni más delicado que la hospitalidad de los particulares; y para formarse de ello una idea, hay que leer, en las descripciones de los viajeros, las exquisitas atenciones que ponen los Arabes en ofrecerles lo mejor que tienen, el pan de trigo, cuando ellos no comen más que pan de cebada, y la leche de vaca, cuando ellos sólo se alimentan de leche de camella.

La conquista puso á los Arabes en posesión de los más ricos países del Asia y del Africa, antiguos centros del comercio del mundo. Así es que de conquistadores se hicieron comerciantes y se dieron al comercio con el mismo ardor que á la

guerra. Los Arabes se adelantaron dentro del Africa mucho más que los Romanos; iban á la costa de Zanguebar, donde acopiaban el marfil más apreciado, y á Sofala, donde recogían oro en abundancia; parece que frecuentaban la isla de Madagascar, y no fueron más allá, porque no conocían la verdadera configuración del Africa.

Los Arabes se apoderaron de la India y entraron en relación con la China. Al fin del siglo VIII, el mismo califa que enviaba presentes á Carlomagno mantenía relaciones con el celeste imperio (1). Tuvieron también que vencer la repugnancia del gobierno chino á comerciar con los extranjeros; mas, á pesar de ello, se establecieron en Canfut, donde tenían un cadí para la administración de justicia, siendo los escritores árabes los primeros que dieron á conocer el té y la porcelana de la China (2).

Los califas, á quienes se acusa de haber marcado sus pasos con ruinas y sangre, levantaron las ciudades más considerables de la Edad Media. Omar, ese feroz conquistador, fundó la ciudad de Basora en la confluencia del Eufrates y del Tigris; emplazamiento tan admirablemente escogido, que la ciudad dominaba los dos ríos por medio de los cuales se derraman las producciones de la India en todas las partes del Asia; construida sobre un terreno de arena y piedra, y merced á los trabajos de irrigación, Basora llegó á ser uno de los paraísos del Oriente. La naturaleza la ayudó á triunfar de las revoluciones que devastaron el Asia, y todavía hoy, en los setenta y dos barrios de la ciudad, existen comerciantes de todas las naciones, árabes, persas, armenios, turcos, judíos, cristianos é indos (3).

Bagdad, la residencia de los califas, aventaja á todas las ciudades del Asia y de la Europa, y es digna de figurar en *Las Mil y una noches* (4). Si no tuviéramos las relaciones de los geógrafos y de los viajeros, creeríamos que era un sueño de la imaginación oriental. El sabio *Ritter* la llama una de las capitales de la tierra: fundada en un momento en que habían cesado las guerras, la residencia de los califas recibió el bello nombre de *Ciudad de la paz*.

(1) HAROUN-AL-RASCHID envió una embajada á China en el año 788 (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 163).

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introducción, p. 81.

(3) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 178-180.

(4) *Las Mil y una Noches*, CLI: «Bagdad, la metrópoli de todas las ciudades de la tierra.»

Un hecho interesante da idea de su población: á los funerales del célebre médico *Aben Obal* asistieron 800.000 hombres y 60.000 mujeres; el lujo correspondía á tan inmensa población, porque el comercio llevaba á ella todas las riquezas del imperio de los califas. Bagdad era al mismo tiempo un centro de civilización; y cuando los Mongoles la destruyeron (1258), fué presa de las llamas una magnífica biblioteca.

Aunque el comercio del Oriente estuviese en las manos de los Arabes, no eran ellos mismos los que hacían la importación de los productos del Asia. Esa especie de indolencia se ha atribuido á su inclinación, á los goces apacibles y á las discordias intestinas que desgarraron el imperio de los califas (1). Nosotros creemos que el mayor obstáculo era la oposición de las creencias religiosas. Se necesitaba casi violentar el Corán sólo para recibir á los mercaderes infieles: ¿cómo los habían de ir á buscar los discípulos del islam? Esas antipatías no impidieron, sin embargo, las relaciones con los pueblos de Europa. Desde el principio, la actividad de las razas germánicas llevó los comerciantes europeos al Asia, y se establecieron relaciones favorecidas por los peregrinos, los cuales llevaban al Asia algunos de los productos de la Europa y traían las mercancías del Oriente. Las ciudades marítimas de Italia tenían factorías en los puertos de la Siria y establecimientos en la mayor parte de las ciudades de la Palestina. La conquista de Jerusalén por los musulmanes no interrumpió el comercio. En el siglo IX, las relaciones entre la Europa y el Asia tenían gran actividad. Los Germanos y los Arabes se aproximaban; el califa y Carlomagno se enviaban embajadas. Los Germanos eran todavía Bárbaros, y su contacto con los Arabes contribuyó á civilizar el Occidente (2).

SECCION 3.^a

LA UNIDAD ÁRABE

§ I.—El califato.

La unidad es el carácter distintivo del islam; no tiene otro dogma más que la unidad de Dios, uni-

(1) RITTER, *Geografía*, t. x, p. 199, 234.

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introducción, p. 86.

dad absoluta que no admite ninguna distinción de personas. Ese dogma conduce en política á la absorción de todos los pueblos en un inmenso reino de Dios; no hay más que una fe, y por consiguiente, una sola sociedad legítima, la de los creyentes. El mismo absolutismo reina en el gobierno de la sociedad musulmana: los derechos del individuo desaparecen por completo ante el poder de los sucesores del profeta. Esa unidad ha hecho la grandeza del imperio árabe, pero también constituye el vicio fundamental del estado social y de la civilización que ha formado el Corán. Sin personalidad no hay libertad para los hombres ni libre movimiento para los pueblos, y sin libertad no hay vida, no hay progreso, no hay más que inmovilidad, despotismo y muerte.

Por más que el cristianismo no profese la unidad absoluta del islam, el dogma de la revelación, unido al espiritualismo excesivo, conduce igualmente á desconocer los derechos del individuo y de los pueblos (a). Pues ¿por qué la civilización cristiana es libre y progresiva, mientras que la sociedad musulmana es esclava y estacionaria? Es que en Europa, un elemento de raza ha venido á modificar la creencia, y el genio del individualismo tenía raíces harto profundas en los pueblos germánicos para que el dogma pudiera destruirle. El Árabe del desierto tenía la independencia del Germano; pero el espíritu de las razas orientales que se mezclaron con los conquistadores dominó á los compañeros del profeta, y entonces la unidad absoluta del Corán se desarrolló sin obstáculo y llegó al despotismo.

Mahoma tiene la misma ambición que el cristianismo. Quiere establecer la unidad universal: "Guerra á muerte á los infieles, hasta que se conviertan ó paguen el tributo." Cuando la fuerza de

(a) Si hay alguna doctrina religiosa, no sólo que permita y afiance los derechos constitutivos del hombre, sino que les dé base firmísima, esa doctrina es la de Cristo. Ese su espiritualismo que Laurent llama excesivo, ese es cabalmente el resorte poderoso, la palanca prodigiosa que levanta al hombre por cima de todas las tiranías y de todos los fatalismos; ese espiritualismo es el que asegura la libertad y encamina á la igualdad y á la fraternidad, el que ha de llevar á término la redención, la verdadera redención del hombre y de los pueblos. ¿Cómo han de poseer esa palanca, ese resorte, las religiones ó materialistas ó casuísticas, como el islam? Saber y confesar que hay sólo un Dios es algo. Pero ignorar lo que es y lo que no es, lo que permite y lo que exige, es no conocer lo más importante, las relaciones de la criatura con el creador, los fines de la creación, la tarea y los destinos del hombre y de la humanidad. De nada de todo esto se preocupa el Corán. De todo eso se ocupa el Evangelio.—(N. del T.)

las cosas detuvo la conquista, los musulmanes no desesperaron de la conversión del mundo, y fundaron sus esperanzas en un socorro divino; esperaron la unidad del islam de un profeta, al cual llaman unos el vicario de Mahoma y los otros dicen que es Jesucristo (1). En esa creencia común á las religiones del Oriente y del Occidente hay un instinto de la unidad, ideal del género humano; pero cada religión pretende realizarle por sí misma, apoyándose en una revelación divina de la verdad; ahí está el error: esas pretensiones contradictorias se destruyen mutuamente. El cristianismo es la religión de los pueblos germánicos, y el islam no ha tenido jamás vida robusta en el Occidente; domina en el mundo oriental, pero compartiendo el imperio de las almas con el budhismo. Sucede, pues, á la unidad árabe lo que á todas las tentativas de monarquía ó de religión universal; es una utopía que los designios de la Providencia condenan y que se estrella contra la naturaleza de las cosas.

Lo que distingue á la unidad árabe es su absolutismo, mayor que el de ninguna otra. En el mundo occidental, la Iglesia está separada del Estado; hay un orden civil distinto del orden religioso; la Iglesia y el Estado, aunque unidos en teoría, están de hecho en lucha permanente, lucha que ha impedido al papado dominar sobre el imperio y al imperio dominar sobre la cristiandad. En el islam, la lucha es imposible. La Iglesia y el Estado se confunden: el orden religioso es al mismo tiempo el orden civil; el califa es papa y emperador; dispone de las creencias en calidad de pontífice y de las acciones á título de ley que manda, de juez que aplica la ley y de fuerza que ejecuta la sentencia (2). El Oriente, esa patria del despotismo, no había conocido aún un poder tan absoluto. Entre los Persas los magos, y en la India los brahmanes, contrabalanceaban el poder del soberano; de forma que había división de poder. Pero la sociedad musulmana está sometida á un solo hombre, cuya autoridad es ilimitada, porque es el sucesor del profeta. Verdad es que el Corán es la regla del califa; pero ¿qué es una regla para aquel que no tiene sobre sí ni á su lado cuerpo ni fuerza alguna

que le pueda contener dentro de los límites que aquélla le impone?

La unidad del islam dió una fuerza irresistible á la conquista, pero produjo efectos funestos para la sociedad. No diremos con *Volney* que "el objeto de Mahoma era reinar, que quería establecer el despotismo más absoluto por medio de la más ciega obediencia impuesta al que obedece, y que con ese objeto lo refirió todo á Dios." (1). El despotismo no era el fin, fué el efecto de la confusión de todos los poderes. Hay en el cristianismo un espíritu de moderación extraño al islam; el Evangelio es incompatible con la crueldad de un déspota; sin embargo, si el papado hubiera absorbido el imperio, la sociedad cristiana hubiese ofrecido el mismo espectáculo que el Oriente. No es al cristianismo al que debemos la libertad de que gozamos, es al espíritu germánico (a).

La historia del califato nos demuestra la influencia de la raza sobre el dogma. Parece que el poder de los califas no debiera haber sido nunca más absoluto que en tiempo de los primeros sucesores del profeta, y, sin embargo, los primeros califas parecen patriarcas más bien que déspotas. Citaremos en prueba de ello un hecho curioso. Habiendo recibido Omar como parte del botín unas telas rayadas, las distribuyó entre los musulmanes, y cada uno tocó á una pieza, lo mismo el príncipe de los creyentes que los simples soldados; subió después al púlpito el califa para exhortar á los musulmanes á hacer la guerra santa á los infieles, y alguno hubo de interrumpirle diciendo: "No te obedeceremos." Omar preguntó la razón: "Porque te has distinguido de nosotros, dijo el Árabe, con una preferencia singular: cuando distribuías las telas del Yemen, tomaste una sola pieza; y

(1) VOLNEY, *Viaje á la Siria. Estado político de la Siria*, c. 1.

(a) Excusado es decir que no estoy conforme con esta tesis tan absoluta. Reconozco que hay en el elemento germánico una especie de propensión, cierto amor, cierta inclinación á la independencia personal, á bastarse á sí mismo el individuo, tendencia que le comunica cierto tinte sombrío y también un orgullo no exento de altivez y tampoco de dignidad. Pero esa misma propensión, y quizá más acentuada, la tiene el Árabe y la tiene el Español desde antes que corriese sangre goda por sus venas. ¿Y qué? Pues el Árabe continúa esclavo de la naturaleza y de los sultanes y los emires. El Germano ha conquistado su libertad política. También el Latino. Éste no ha consolidado aun esa libertad, cierto, sobre todo en España. Pero ¿qué es lo que ha dado al Germano ese privilegio? Pues no es su instinto de raza, su propensión individualista, no; ha sido la Reforma; es decir, la idea cristiana desnuda de los harapos y de las fajas y envolturas con que Roma esterilizó su liberal fecundidad; ni más, ni menos.—(N. del T.)

(1) D'HERBELLOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra *Islam*.

(2) La palabra *Califa* significa vicario del enviado de Dios, y consagra la reunión del poder religioso y del poder político en las manos del jefe de la sociedad musulmana (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 341).